

EVITANDO LOS EXTREMOS (DE LA ESTRUCTURA SOCIAL): ESTATUS SOCIAL SUBJETIVO Y PERCEPCIONES DE LA DESIGUALDAD SOCIAL EN LA ARGENTINA DE LA DOBLE CRISIS

AVOIDING THE EXTREMES (OF THE SOCIAL STRUCTURE): SUBJECTIVE SOCIAL STATUS AND PERCEPTIONS OF SOCIAL INEQUALITY IN ARGENTINA DURING THE DOUBLE CRISIS.

Gonzálo Assusa,¹ Gabriel Kessler,²
Daiana Monti³ y Martina Moriconi⁴

Resumen. El presente artículo aborda el estatus social subjetivo y la percepción de desigualdades sociales en la Argentina contemporánea. ¿Cómo explican las personas la pobreza y la riqueza en nuestras sociedades? ¿Cómo se ubican en la estructura social y qué nombre le asignan a esa ubicación? La investigación sobre estas temáticas ha estado comúnmente estructurada en torno a una expectativa de causalidad lineal que va de la desigualdad objetiva a la percepción, y de ésta a la definición de preferencias políticas. Este texto rompe con dicha linealidad, recordando que los marcos ideológico-políticos no son meros epifenómenos, sino que permiten a las personas reducir la contingencia y disonancia cognitiva, apropiándose diferencialmente de las imágenes culturales disponibles para ese fin. El artículo también presenta evidencia empírica basada en entrevistas en profundidad a 52 personas con

1 Doctor en Ciencias Antropológicas. Becario Posdoctoral de CONICET. Profesor Titular de Elementos de Sociología en la Facultad de Artes de la UNC.

2 EIDAES-CONICET-UNSAM

3 CCONFINES-CONICET-UNVM

4 EIDAES-CONICET-UNSAM

diversos perfiles: distintas edades, sexo, posición económica, ubicación geográfica y preferencias partidarias en Argentina. Entre los principales hallazgos se destacan la transversalidad de la percepción de la desigualdad en términos de pobreza monetaria, el juicio negativo sobre las formas extremas de desigualdad, la influencia de la crisis en la estratificación social subjetiva y la emergencia de nuevas formas de clasificación horizontal en la estructura social. *Palabras clave: Estatus social subjetivo; percepción de la desigualdad; clases sociales, Argentina, pandemia*

Abstract. This paper addresses the problem of subjective social status and the perception of social inequalities in contemporary Argentina. How do people explain poverty and wealth in our societies? How do they locate themselves in the social structure and what name do they assign to each location? Research on these issues has been commonly structured around the expectation of linear causality that goes from objective inequality to perception, and from perception to the definition of political preferences. This paper breaks with this linearity, recalling that ideological-political frameworks are not mere epiphenomena, but allow people to reduce contingency and cognitive dissonance by differentially appropriating the available cultural images to that end. The article also presents empirical evidence from in-depth interviews with 52 people with different profiles of age, gender, economic position, geographic location and party preferences in Argentina. The main findings include the transversality of the perception of inequality in terms of monetary poverty, the negative judgment on extreme forms of inequality, the influence of the crisis on subjective social stratification and the emergence of new forms of horizontal classification in the social structure. Keywords: Subjective social status; perception of inequality; social classes; Argentina; pandemics

Introducción

Este artículo aborda el problema del estatus social subjetivo y la percepción de las desigualdades sociales en la Argentina contemporánea. Las personas a menudo se perciben como pertenecientes a clases sociales distintas a las que les

asignaría la sociología. Además, sus comportamientos, preferencias y prácticas sociales frecuentemente rompen con lo que sería sociológicamente probable para su clase social. Muchas paradojas o vacíos de conocimiento en torno a fenómenos como la falta de apoyo a políticas redistributivas en el campo popular o la débil correspondencia entre la clase social y el voto, encuentran claves explicativas en la indagación sobre la creencia o la percepción subjetiva de las personas sobre su propia ubicación (y la de otros) en la estructura social.

¿De qué modos las personas explican la pobreza y la riqueza en nuestras sociedades? ¿Esas explicaciones se basan en la propia experiencia y trayectoria social? ¿Cómo se ubican las personas en la estructura social y qué nombre le asignan a dicha ubicación? Varias investigaciones han planteado desde hace algunos años que la mayor parte de la población argentina (alrededor del 70 %) define su lugar en la estructura social como “clase media” (Grimson, 2015; Maceira, 2018; Assusa y Mansilla, 2019). Aunque existen estudios que cuestionan metodológicamente este análisis (Álvarez Rivadulla, 2024; Duarte, 1996; Elbert, 2020), esta sobrerrepresentación resulta una tendencia de peso, confluente con datos de otros países de la región (aunque no con todos) y constituye un fenómeno relevante para atender.⁵ Las percepciones no son nunca un simple reflejo de la realidad: no existe *objetivamente* una estructura social argentina con una distribución de recursos tan equilibrada que concentre la mayor parte de la población en posiciones de clase media. Por otra parte, tampoco podemos reducir la cuestión a una mera disonancia cognitiva o error de percepción.

Los estudios que señalan esta tendencia se basan en datos de encuestas poblacionales. Si bien eso permite reconocer una fuerte recurrencia probabilística, deja importantes lagunas de sobre la significación y el sentido subjetivo de categorías de clasificación como la de “clase media” entre los agentes sociales (Álvarez Rivadulla, 2024): ¿se trata de narrativas homogéneas que forman repertorios simbólicos comunes en la arena pública?, ¿o se trata de discursos que se organizan a partir de marcos político-ideológicos que reconfiguran en

5 Es necesario señalar que el sobredimensionamiento de las clases medias no implica un fenómeno exclusivo de la opinión pública. Hacia finales de la primera década del siglo XXI, algunos organismos internacionales mostraron gran interés por el surgimiento de lo que llamaron “nuevas clases medias” en la región (particularmente en Brasil), a partir de definiciones fundadas en los grupos de ingresos medios (Benza y Kessler, 2021).

forma divergente la relación entre posiciones de clase, las identidades y las narrativas?

La explicación más difundida en torno a este sobredimensionamiento perceptual es la hipótesis de la *disponibilidad heurística*: las personas tienden a evaluar la estructura social a partir de un muestreo subjetivo sesgado, basado en su sociabilidad clausurada y homogénea entre semejantes (en términos de clase social) y considerándose a sí mismas como el *centro* de la experiencia social general (Castillo, Miranda y Cabib, 2013; Cruces y Tetaz, 2009; Evans, Kelley y Kolosi, 1992; Jorrat, 2008). Afiliándose a las clases medias, las personas no están necesariamente ubicándose en la región central de la pirámide social, sino que están representándose a sí mismas como un “promedio” de situaciones sociológicas múltiples y cambiantes (Duarte, 1996). Esta hipótesis resulta operativa para explicar la recurrencia estadística, no así para interpretar el sentido subjetivo y situacional de la categoría de “clase media”. Por lo pronto, este campo de investigaciones ha estado estructurado en torno a una expectativa de causalidad lineal que va de la realidad social (desigual) a la percepción (realista) de la sociedad, y luego de la percepción de la sociedad a las preferencias políticas (fundadas, en última instancia, en la realidad y su percepción realista). Este texto intenta romper con dicha expectativa de linealidad, recordando que la percepción es una práctica y un proceso histórico y activo, en el que los marcos ideológico-políticos no son meros epifenómenos. Estos marcos sirven para que las personas reduzcan contingencia y disonancia cognitiva, se apropien diferencialmente de las imágenes culturales disponibles (Gross y Hyde, 2019) y adopten selectivamente los sentidos con los que se representan la sociedad y se identifican con algunos de sus agrupamientos.

Si bien algunos estudios han reconocido la politización de las categorías y los lenguajes de clase (Jones, 2012; Jorrat, 2012), y parte de las investigaciones clásicas han abordado la influencia de factores como la sociabilidad política para la formación e identidades de clase (Jackman y Jackman, 1972; Wright, 1994), es relativamente escasa la bibliografía que explora la relación entre autopercepciones de clase y orientaciones políticas en Argentina. Las investigaciones de Merenson (2023) y Merenson, Sánchez y Guizardi (2022) abordan el vínculo entre identidades políticas (como el peronismo), las autoidentificaciones de clase y la inscripción territorial como un proceso de reconfiguración social de los sectores populares en las últimas décadas. Tal como plantean las autoras, si la clase constituye también un universo moral que homogeneiza ha-

cia el interior y diferencia externamente grupos ocupacionales en una misma posición en la estructura social, la experiencia de clase necesariamente remite a una constelación de factores entre los cuales las tradiciones, gratitudes y deslealtades políticas resultan fundamentales (Merenson et al., 2022). En una línea equivalente, Adamovsky (2012) reconstruye una serie de eventos políticos que tienen su origen imaginario en el 17 de octubre de 1945, mostrando el carácter relacional de las identidades de clase media y clase trabajadora, y su reconfiguración en distintos momentos del tiempo.

El contexto actual le imprime aún mayor centralidad al problema que venimos desarrollando. Como ha mostrado el estudio de Mac-Clure, Barozet y Aguilera (2023), la situación de crisis y precariedad que generan fenómenos como el estallido social en Chile no sólo mueve las distancias y las brechas de desigualdad, sino que muchas veces también desestabiliza los nombres, las categorías cognitivas, los valores y las emociones asociadas a las clases sociales, al mismo tiempo que trastoca el carácter relacional de estas categorías.

En los años que transcurrieron desde la llegada de la pandemia a Argentina, se consolidó una situación sociopolítica inestable y de latente conflictividad denominada *dobles crisis* (Benza, Dalle y Maceira, 2022), que combinó condicionantes previos como la deuda externa o las restricciones externas en términos de divisas, con un estancamiento en el crecimiento económico y la generación de empleo formal en el sector privado, coronado con una importante subida en las cifras de pobreza monetaria, una inflación acelerada y un malestar ciudadano generalizado. Al conflicto distributivo que configuró la dinámica societal del país durante más de una década, se le ha sumado una profundización cada vez más importante de la polarización política, con la relación Estado-mercado y el funcionamiento de la economía como uno de los ejes fundamentales de este proceso (Kessler, Vommaro y Assusa, 2023). El análisis que aquí presentamos trabaja con el supuesto de que el contexto de crisis impactó tanto en los desplazamientos de las disputas distributivas y la polarización ideológica, como en el modo en el que las personas conciben una imagen de la sociedad y se autoperceben en la estructura social.

Durante 2021 emprendimos un estudio financiado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en el que indagamos sobre el impacto de la doble crisis (con acento en la pandemia por covid-19) en los consensos distributivos, la percepción sobre la desigualdad y el estatus social subjetivo en la Argentina contemporánea. Entendemos que el procesamiento

político de la crisis resulta central para comprender algunos devenires actuales que generan sorpresa o incredulidad entre analistas, como la aparente “derechización” de la sociedad o la emergencia de *outsiders* en el centro de la arena electoral.

En los albores de la pandemia en nuestro país, asumimos que la crisis había abierto una ventana de oportunidad para construir pactos redistributivos novedosos en un marco de debate público sobre quién debía pagar los costos de la pandemia, esto es, quién debía tomar responsabilidad de conducir el proceso y la intervención para contener los efectos de la crisis, quién debía aportar recursos económicos, quién merecía recibir ayuda y en qué medida esta distribución de recursos y responsabilidades era justa (Kessler et al., 2022). En el marco de ese análisis (y de la centralidad de la pregunta por el *quién*), comprendimos que el procesamiento subjetivo de las desigualdades ocupaba un lugar central en la determinación del modo en el que los consensos distributivos se construían: por la forma en la que los agentes sociales imaginan la estructura social, se ubican a sí mismos en la sociedad y explican la desigualdad socioeconómica.

El presente estudio recupera la evidencia empírica producida con una doble finalidad. En primer lugar, presentamos una tipología de perfiles de preferencias redistributivas o matrices ideológicas sobre la relación Estado-mercado, elaborada inductivamente a partir del procesamiento de datos con una estrategia metodológica mixta.⁶ En segundo lugar, mostramos la potencia explicativa de estos perfiles para comprender el modo en el que se organiza la percepción subjetiva de la desigualdad social en el país. Como planteamos al principio, estas percepciones no logran ser eficazmente explicadas en modelos unidimensionales de arreglo objetivo con los niveles estructurales de desigualdad, ni tampoco con referencia exclusiva a las posiciones de clase de las personas. Sostenemos, en cambio, que las percepciones sobre la desigualdad social son mediadas, matizadas y organizadas por marcos ideológicos más amplios, que funcionan en gran medida como *sistemas* que vinculan posición social, orientación política y percepción y representaciones del mundo social. En palabras de Dubet,

6 Para un análisis detenido de la cuestión, ver Kessler et al. (2022).

la percepción que los individuos tienen de las desigualdades nunca es la mera consecuencia mecánica de su posición social; cada cual ve las desigualdades a través de una “economía moral”, principios de justicia y representaciones de la sociedad que no son expresiones de (y solo de) sus intereses. (2023, p. 13)

Diseño metodológico

Nuestro estudio fue diseñado con una estrategia metodológica mixta que incluyó, en su etapa cuantitativa, el procesamiento y análisis de fuentes de datos estadísticos existentes para Argentina con información relevante y actualizada en torno a preferencias redistributivas y percepción de las desigualdades sociales (World Values Survey para 2017,⁷ Latinobarómetro para 2020⁸ y Barómetro de las Américas para 2018).⁹ Para la etapa cualitativa, desarrollamos nuestro trabajo de campo con una muestra de 52 casos que definimos tomando en cuenta cuotas de edad, sexo, posición económica, ubicación geográfica y preferencias partidarias, para realizar entrevistas en profundidad. A partir del análisis articulado y mixto de estos materiales, organizamos la evidencia empírica en una tipología con tres grandes categorías homólogas para cada una de estas estrategias metodológicas. Los perfiles se construyeron con cierta homogeneidad interna y heterogeneidad externa con base en una serie de dimensiones: percepción y evaluación de las desigualdades, posicionamiento frente al funcionamiento del Estado y sobre las políticas sociales o ayudas estatales, preferencias impositivas y representación de las elites. Definimos así un perfil pro-Estado (35% de la muestra), uno pro-mercado (27% de la muestra) y uno al que llamamos condicionales (38% de la muestra).¹⁰

En el marco de las entrevistas, formulamos preguntas orientadas a conocer los sentidos subjetivos y marcos de significaciones de aquellas grandes ten-

7 <https://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>

8 <https://www.latinobarometro.org/lat.jsp>

9 <https://www.vanderbilt.edu/lapop/about-americasbarometer.php>

10 La coincidencia en la emergencia de las matrices ideológicas en análisis inductivos se manifiesta en la homología de los pesos relativos de cada grupo. En nuestro procesamiento estadístico multidimensional, los pesos resultantes de cada perfil fueron: pro-Estado con un 36% de la muestra, el pro-mercado con el 23% de la muestra, y el que llamamos condicionales con el 40% de la muestra (Kessler et al., 2022).

dencias probabilísticas identificadas por diseños estadísticos: ¿qué significan los nombres de las clases sociales para los entrevistados? ¿A quiénes imaginan como “privilegiados” o “élites” en nuestra sociedad? ¿Cómo creen que deben funcionar las intervenciones redistributivas del Estado? ¿Cómo explican la desigualdad, la pobreza y la riqueza? ¿Cuáles de estas dimensiones se tematizan espontáneamente?

Además, sumado al modo tradicional de pregunta por la clase social subjetiva (por ej., “Algunas personas suelen hablar de agrupar a la población en clases sociales. Si tuviera que decirme, ¿se considera usted a sí mismo como perteneciendo a una clase social? ¿Qué clase sería...?”), indagamos sobre otras modalidades de división o clasificación de los grupos en la sociedad. Como era de esperarse, de acuerdo con los resultados de estudios previos (Mac-Clure, Barozet y Aguilera, 2023; Guzmán, Barozet y Méndez, 2017), estos interrogantes dispararon análisis y clasificaciones lego fuertemente arraigadas en las matrices político-ideológicas en las que organizamos el material, y nos permitieron llenar de contenido y descripciones densas las recurrencias estadísticas, así como también comprender más cabalmente algunos puntos ciegos del “lenguaje de clase” en las investigaciones sobre estatus social subjetivo.

Al funcionar a modo de tipos ideales (lo cual es válido también para la etapa de análisis estadístico en esta investigación), cada uno de estos perfiles ideológicos es internamente heterogéneo, fundamentalmente en términos socioeconómicos y demográficos (no así en clave política). Esto no impide que podamos identificar elementos recurrentes de peso, tendencias dominantes que contribuyen a conectar entre las dimensiones de nuestra investigación y plantear explicaciones complejas. En este estudio nos concentramos en las características fundamentales que más diferencian a los entrevistados entre perfiles o tipos y dejaremos para futuras investigaciones el análisis más detenido de las diferencias internas. De este modo, en el apartado siguiente presentamos las tres matrices político-ideológicas de nuestra tipología.

Matrices ideológico-políticas sobre la relación Estado-mercado

El diagnóstico difundido sobre los crecientes niveles de polarización política en Argentina muchas veces ha dado lugar a confusiones en torno a los temas,

ejes y motores de dicha polarización: siguen siendo muchos los interrogantes sobre la forma en la que la conflictividad y la disputa política están siendo organizadas en nuestro país. Una expectativa que, *a posteriori*, resultó infundada para nuestro estudio, fue la de encontrar defensores alineados a favor y en contra del valor de la igualdad social, o bien, a favor y en contra de la funcionalidad societal de la desigualdad como incentivo individual. Apenas al inicio de nuestro trabajo de campo y el procesamiento de encuestas de opinión disponibles, encontramos que los acuerdos en torno a la necesidad de niveles mínimos (y no tan mínimos) de igualdad eran amplios en el país.

En efecto, aunque con matices, el centro de las disputas distributivas y la organización de clivajes políticos acordes no estaba en la valoración positiva o negativa de la desigualdad, sino en nociones o ideas acerca de cómo deben relacionarse el Estado o el sector público con la economía o el mercado.

Si bien es relativamente evidente el impacto que estas ideas tienen en la definición de preferencias o apoyos ciudadanos a políticas redistributivas, ha sido mucho menos explorado el modo en que estas ideas también configuran multidimensionalmente la formación de identidades de clase y de categorías de clasificación de la estructura social.

En nuestro trabajo de campo cualitativo encontramos tres grandes perfiles que hacen eje en la relación Estado-mercado. El primero, volcado hacia la regulación estatal de la vida económica: impuestos progresivos (particularmente aquellos que gravan la riqueza concentrada, mucho menos aquellos que gravan las rentas o ganancias “productivas”) y políticas sociales universales. El segundo, orientado a los mecanismos de asignación de recursos concentrados en el mercado, con predilección por una intervención minimizada en sus efectos “distorsivos”, y con preferencia por las políticas sociales focalizadas y no permanentes, bajo el paradigma de la activación económica.

Dicho esto, es necesario comprender que los relatos no dan muestras de un rechazo pleno del Estado o de una teoría racional de los mecanismos de autorregulación del mercado, sino que se trata de un tipo de expectativas y principios de justicia aplicadas al campo estatal diferentes de las que sostienen los estatistas. Uno y otro perfil presentan tanto preocupación como registro de la situación actual de la desigualdad en el país.

Los dos polos tienen su base fundamental en la elección de mecanismos *principales* de asignación de recursos: para unos es el Estado el que debe redistribuir, con criterios políticos orientados a la ciudadanía, mientras que para

otros el modelo se centra en los incentivos para las empresas, la liberación de las fuerzas productivas y el crecimiento económico. Los primeros dejan vacante la definición de un direccionamiento en términos económico-productivos, al mismo tiempo que los segundos, sin explicitar cómo el crecimiento redundaría en una distribución económica más igualitaria.

Luego de la crisis del modelo de industrialización hace seis décadas, se hicieron intentos de modelos de acumulación de distinto tipo, pero sin un acento claro puesto en el rumbo productivo de la economía real. La prolongación de este proceso de sucesión de modelos “fallidos” impacta con claridad en el actual estado de malestar ciudadano (Semán, 2023). Cabe recordar que incluso los mejores años de disminución de la desigualdad del período progresista se nutrieron del buen precio de las *commodities* y no necesariamente de un aumento de la industrialización en la región.

El cuadro se completa con una tercera posición que llamamos condicionales. En algunas dimensiones las personas de este perfil se acercan más en sus preferencias a la categoría pro-mercado y en otras a la pro-Estado. Mientras tanto, su rasgo distintivo es su foco en el “modo” o la “forma” de las intervenciones, proponiendo condiciones para el apoyo o rechazo a las políticas estatales en materia de desigualdad: tiempos, generación de capacidades individuales, control e identificación de la “verdadera” necesidad material, entre otras.

Habiendo presentado las categorías de la tipología, analizamos a continuación los relatos de nuestros entrevistados en torno a dos ejes de la percepción subjetiva de la desigualdad: las explicaciones y narrativas sobre la desigualdad social, y el estatus social subjetivo o identidades de clase.

Explicaciones lego y narrativas en torno a la desigualdad

El supuesto con el que comenzamos nuestra indagación era el de un espacio público polarizado, con disponibilidad de guiones políticos consistentemente *liberales*, por un lado, y consistentemente *progresistas*, por el otro. Estos guiones, en su versión pública, construían la problemática de la desigualdad social desde perspectivas antagónicas (uno como déficit de integración social, el otro como dinamizador e incentivo para la iniciativa individual) y, por ello,

una de las expectativas de nuestro estudio era la de encontrar réplicas de estas perspectivas en la población lego.

Sin embargo, la sensibilidad crítica frente a la desigualdad social implicó, antes bien, un terreno compartido entre el polo pro-Estado y el polo pro-mercado de la muestra de personas que entrevistamos en nuestro trabajo de campo.¹¹ Lo que encontramos en este punto fueron distintas escalas de causalidad y repertorios de explicación sobre la problemática de la cuestión social, muchas veces asimilada plenamente a la pobreza monetaria (con menos acento en la lógica redistributiva y relacional), mientras que la valoración crítica frente a la desigualdad constituía una línea de consenso entre grupos (a priori) divergentes en cuanto a sus orientaciones político-ideológicas.

La recuperación divergente de los debates públicos sobre la meritocracia, que durante el gobierno de la alianza “Cambiamos” habían gozado de gran difusión por parte de voceros del Estado (Canelo, 2019), ilustra el conflicto en torno a la *interpretación* —mucho más que en torno a la *valoración*— de las desigualdades. Los discursos pro-Estado critican las narrativas de la meritocracia y el emprendedurismo, enfocándose menos en su validez como principio de justicia y más en su veracidad y efectividad como modelos societales: “ni la meritocracia ni los emprendedores existen”, “uno puede, pero millones no”, “los que llegan arriba lo hacen con muchísima ayuda, una ayuda que los que están abajo no tienen”. Así, estos relatos interpretan la desigualdad como un obstáculo fundamental en la vida de las personas, para sus oportunidades y para el desarrollo del país. Desde este paradigma político, las causas de la desigualdad se atribuyen a factores contextuales y a condiciones sociales fuera del control individual, principalmente relacionadas con el origen social y con el modo en que éste influye en el acceso a derechos laborales, educativos y de salud, entre otros.

Los que siempre ganan son justamente lo que hablábamos antes, el poder real y tienen todos los instrumentos como para asegurarse que siempre van a seguir ganando. O sea, estos emprendedores de los que tanto se habla, de la meritocracia que tanto se habla, no existe porque no hay nadie que pueda llegar a ser por mérito propio, llegar a un lugar tan alto, siempre es porque viene con una ayuda enorme que los que están abajo no tienen y por lo tanto no, si bien

11 Como mostramos en Kessler et al. (2022), el análisis estadístico confirma y coincide con este hallazgo.

siempre hay alguno que sale y se destaca y entonces lo ponen como ejemplo de que ese uno pudo, pero los millones que no son lo que en realidad no aparecen nunca en la tele [...] pero no, el esfuerzo personal no te salva tanto si vos no tenés una base de la cual salir. (Entrevistado 10, perfil pro-Estado, 46 años)

Yo soy un agradecido de la vida porque tuve suerte, a veces también acá en Argentina tenés que tener suerte porque vos podés hacer todo el mérito que vos quieras, pero si no tenés la... y acá en Argentina muy pocas posibilidades tenés a veces. (Entrevistado 1, perfil pro-Estado, 57 años)

Por su parte, los entrevistados pertenecientes al perfil pro-mercado abordan la cuestión social en términos de pobreza monetaria, considerándola un fenómeno sustantivo y autoexplicativo, sin establecer conexión alguna con las formas en que se acumula la riqueza o las dinámicas de distribución propiamente dichas: los pobres, en estas representaciones, adquieren la existencia de una categoría naturalizada (Mac-Clure, Barozet y Aguilera, 2023). La interpretación más común en este perfil atribuye la pobreza a causas *culturales* o morales, enfatizando la responsabilidad y el esfuerzo individuales. No obstante, estas explicaciones no se reducen únicamente a perspectivas individualistas extremas, ilustradas en la idea de que “los pobres son pobres porque quieren serlo”. Las explicaciones en estos relatos sugieren que la pobreza es el resultado de una falta de educación temprana en el ámbito familiar y de efectos negativos derivados de la asistencia estatal, considerada como promotora de la dependencia y erosiva para la ética del esfuerzo y la “cultura del trabajo” (Assusa, 2019).

No, porque si te pones una meta que querés llegar a algo, vas a llegar. Si no lo haces, vas a estar siempre en la misma. Yo de vago,¹² lo admito, yo de vago, yo tengo un montón de tiempo sin hacer nada, hace poco por el tema pandemia [...] no lo hago, de vago, lo admito. El que labura tiene la capacidad para salir. [...] El que busca y lo quiere hacer, lo hace. (Entrevistado 13, perfil pro-mercado, 29 años)

12 Perezoso, que no le gusta trabajar.

Entonces vengo de esa realidad, a mí me enseñaron que nada es gratis, que todo es un esfuerzo. Hasta que eso no se cambie, hasta que no les enseñen desde chicos que las cosas se tienen que ganar, se tienen que alcanzar y que tiene que haber un esfuerzo y un compromiso, no lo van a hacer y seguís formando esclavos. (Entrevistada 23, perfil pro-mercado, 53 años)

La clásica teoría de la “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis (1967), caída en desuso para el campo académico, sigue en gran parte vigente en la organización del pensamiento lego sobre la estructura social y los fenómenos distributivos, incluso entre personas de clases populares. En línea con esta idea, Saraví (2015) identifica una persistencia del mito del “buen pobre” en la actualidad: aquel que encarna las cualidades de humildad, lealtad, esfuerzo, honestidad y respeto, subsistiendo en condiciones de pobreza *extrema*. Como veremos, aquí el carácter “extremo” constituye un elemento probatorio de la necesidad material y, por lo tanto, de la autenticidad del sujeto pasible de ser asistido.

En esencia, estas explicaciones sobre la pobreza están moldeadas por una crítica previa a las políticas sociales: “tienen otro hijo más para no trabajar”. Esto último resulta un hallazgo relativamente novedoso: tendemos a creer que el modo en el que percibimos la desigualdad precede a la forma que definimos para intervenirla. Contextos como el actual, sin embargo, proveen repertorios discursivos bastante desarrollados para la crítica de los dispositivos redistributivos, instalados como centro del debate público. Las explicaciones lego sobre pobreza y desigualdad, en ese marco, se reconstruyen retrospectivamente.

Además, diversas investigaciones señalan que la condena hacia la pobreza extrema como fenómeno social constituye un sentimiento generalizado en la población (Dubet, 2023; Grimson, 2015). Sin embargo, esto no se corresponde con un apoyo equivalente hacia políticas de transferencia de ingresos dirigidas a estos grupos. Los sondeos de opinión pública muestran un consenso robusto en torno a la ampliación de oportunidades educativas y la generación de empleo. No obstante, la implementación de transferencias monetarias directas a sectores empobrecidos despierta recelos (Kessler et al., 2022), atribuibles a la supuesta capacidad de los “planes sociales” para erosionar los valores morales y su posible impacto negativo en la “cultura del trabajo”, considerada como piedra angular de la ética cívica actual (Assusa, 2019).

En términos relacionales, la categoría de *pobre*, más allá de la causalidad estructural, funciona como un *estigma*. En este perfil específico hablar de la

pobreza implica un ejercicio de diferenciación y de heteroidentificación negativa: la asociación de déficits morales y normativos con la alteridad social implica asumir como propios los valores del trabajo y el esfuerzo. Estas narrativas suelen sobredimensionar el propio cumplimiento normativo (“yo porque trabajo desde niño”, “soy el único boludo que trabajo”, “es una forma de pensar totalmente distinta a la de ellos”) como rasgo identitario central, a la vez que definen un paisaje nacional en estado permanente de anomia moral (crisis de la ética laboral).

La bibliografía señala que, así como se significa en términos de indignidad moral la situación de pobreza, también se identifican estigmas invertidos hacia los ricos. En algunos estudios se señala que las personas de clase alta son etiquetadas como “niños consentidos”, “nenes de mamá”, “insensibles y superficiales” (Saraví, 2015), “afeminados” (Assusa, 2019), “carentes de valores, carácter y prioridades morales y de consumo” (Sachweh, 2012). La sobreidentificación con la clase media que buena parte de los antecedentes de investigación encuentra (Castillo et al., 2013) se explica, en gran medida, por la idea de una clase *justa*, sin lujos ni necesidades. Por ello los estigmas —morales— se direccionan hacia los extremos —económicos— de la estructura social: los ricos y los pobres.

En el caso del perfil ideológico de condicionales, se observa una percepción de la desigualdad más matizada y menos crítica, aunque, al igual que en el perfil anterior, se enfoca especialmente en la cuestión de la pobreza monetaria en el país. A diferencia de los polos de esta tipología, que muestran una visión abiertamente pesimista sobre la situación actual, estos entrevistados adoptan una perspectiva más optimista y, podría decirse, propia del período agroexportador y del posterior modelo desarrollista, viendo a Argentina como un “país de oportunidades”: “el que quiere progresar, puede, aunque le cueste un poco más o un poco menos”; “no tenemos desigualdades tan marcadas como en otros países”. Pese a sus posiciones intermedias respecto a las políticas de redistribución de ingresos, este perfil acaba encarnando con mayor fidelidad los componentes de narrativas individualistas y voluntaristas.

Acá en Argentina, el que quiere salir adelante, sale adelante. No, no hay excusas de nada. Para mí, el que quiere salir adelante sale adelante. Depende de la mentalidad que tenga cada uno. (Entrevistado 19, perfil condicional, 31 años)

En el relato histórico de este perfil, Argentina se define como un país de oportunidades, con eje en la educación como principal vehículo para la movilidad social ascendente. Cristalizado en la expresión: “m’hijo el doctor”, la creencia en la movilidad social fundada en la inclusión educativa constituye, probablemente, uno de los mitos de mayor persistencia en nuestro país (al menos hasta la primera década del siglo XXI). La economía, en cambio, aparece en estos relatos como una esfera fuente de crisis e inestabilidad, que aleja la *potencia* argentina de su concreción. Esta perspectiva introduce una complejidad en la interpretación que los entrevistados de este perfil hacen sobre la desigualdad, distanciándose del enfoque más “moralista” o “individualista” propio de los pro-mercado: la sociedad argentina sí crea oportunidades, mientras que son las crisis económicas recurrentes las que limitan la igualdad de chances para el progreso personal, al mismo tiempo que no todas las personas invierten el mismo esfuerzo en la realización de sus metas.

Para este perfil, la temporalidad y la ambivalencia juegan roles fundamentales. Su visión del futuro fluctúa entre la resignación a que “nada cambie” y la creencia optimista de que “Argentina tiene todo lo necesario para avanzar”, balanceando casi en partes iguales sentimientos de esperanza y desencanto. Esta mirada también aclara su postura crítica respecto a cómo opera el Estado en el país: la tendencia a improvisar, “solucionar con medidas temporales” y actuar reactivamente ante las emergencias son aspectos frecuentemente citados como causas del estancamiento nacional. En este futuro proyectado, existe la preocupación de que la clase media, considerada un pilar identitario y de estatus social subjetivo tanto para este grupo como para la sociedad en general, pueda estar en riesgo de “desaparecer”.

Nuestros hallazgos coinciden con numerosos estudios que señalan cómo las explicaciones sobre la pobreza y la riqueza basadas en el mérito encuentran mayor eco en las posiciones más encumbradas de la estructura social, manifestándose tanto en forma de críticas a la pobreza como de justificaciones de la riqueza. A medida que se desciende en la estructura social, es más común hallar relatos que explican la pobreza con factores estructurales o contextuales, como la “ausencia de oportunidades”, y explican la riqueza por factores adscriptivos como la “herencia” o la “suerte” (Grimson, 2015; PNUD, 2017). Esta diferenciación de principios de justicia movilizados en las explicaciones encuentra, en el marco de nuestro estudio, un plano de distinción horizontal o en clave política: la desigualdad no sólo se percibe y se explica de manera diferente de

acuerdo a la posición ocupada en la estructura social, sino también de acuerdo a posicionamientos políticos que aquí resumimos bajo la figura de matrices ideológicas formadas en torno a la relación Estado-mercado.

A modo de síntesis: es evidente que la pobreza constituye un fenómeno social juzgado negativamente en todo el espectro ideológico por su impacto indeseable en cuanto a mecanismos de integración sistémica o comunitaria de nuestras sociedades. Sin embargo consideremos que: 1) no resulta igualmente evidente que se evalúe lo mismo en relación con la desigualdad, y 2) no existe un consenso claro en la población en cuanto a cómo reducir la desigualdad, quiénes son los responsables públicos para llevar a cabo dicha reducción, cómo se explica su existencia y cuáles son los factores que la generan.

Desde dónde se percibe la desigualdad: estatus social subjetivo

Gran parte de los estudios dedicados al análisis de la clase social subjetiva han señalado el sobredimensionamiento identitario que tuvieron las clases medias en Argentina y otros países de la región durante el siglo XXI (Castillo et al., 2013; Assusa, 2019; Grimson, 2015; Maceira, 2018) identifican una proporción de entre el 69% y el 79% de las personas sostén del hogar en Argentina que se ubican en las posiciones intermedias de la escala social. Los debates en torno a las identidades de clase se concentraron en estudios de tipo cuantitativo, con instrumentos estandarizados y relevamientos a través de encuestas, algunas de ellas internacionales, habilitando incluso ejercicios de comparación entre países.¹³ Sin embargo, las fortalezas de estas aproximaciones han significado también algunos límites metodológicos de peso. Uno de ellos estriba fundamentalmente en la necesaria deconstrucción de los sistemas de clasificación de identidades de clase o de las categorías ofrecidas a las y los encuestados para autoubicarse en la estructura social (Assusa y Rodríguez de la Fuente, 2024).

13 Esto no implica que no existan ejemplos de investigaciones comparativas a nivel internacional desde perspectivas cualitativas. El clásico estudio de Lamont (2000), tanto como el de Álvarez Rivadulla (2024), son ejemplos destacados de este tipo de empresa.

En instancias de investigación cualitativa como la que realizamos, el tipo de categorías con las que los entrevistados se identifican en términos de clase social puede fragmentarse y reconstituirse, en algunos casos, y dicotimizarse o polarizarse, en otros. La tendencia a la sobrerrepresentación de la clase media en cuanto identidad de clase se confirma en nuestro trabajo de campo. Sin embargo, tal como sostiene Dubet, “la creación de una amplia clase media con la cual se identifica la mayoría de los individuos no es un mundo homogéneo, sino una multitud de estratos de fronteras inciertas y cambiantes” (Dubet, 2023, p. 14).

En el caso de los perfiles pro-mercado, la identificación con la clase media aparece asociada a la idea del “punto medio”, una suerte de clase “justa” (y necesaria): “no me doy lujos ni paso necesidad” o “no me gustan los extremos”. La imagen de clase media aparece vinculada a la de “laburante”¹⁴ (“no me gustan los subsidios”), cuya reproducción material se desarrolla con autonomía de la asistencia estatal, afín a la reconstrucción que propusimos en torno a la narrativa de la pobreza como un relato de desestructuración histórica de la cultura del trabajo en nuestro país.

¿Media? [...] Estoy bien al medio. [...] Porque, bueno, no me gustan los extremos. (Entrevistado 30, perfil pro-mercado, 29 años, sectores medios altos)

O sea, yo me pienso como un laburante que, con algo de suerte, digamos, tengo una buena posición comparado con el resto de la población [...] me da mucho pudor o vergüenza quejarme o decir «mira lo que gano, mira lo que me sacan». [...] Y, por otro lado, creo que al mismo tiempo es producto de las cosas que fui haciendo. O sea, no es que llegué a donde estoy hoy por casualidad. Fui tratando de hacer una carrera laboral, estudié, sigo estudiando. (Entrevistado 12, perfil pro-mercado, 30 años)

Justo a la luz del quilombo¹⁵ que hay, no porque me sienta súper cómodo, pero bueno, sí trato de pensar que hay muchísima gente que está peor que yo, yo sigo teniendo laburo, a mí el laburo no me bajó. (Entrevistado 26, perfil pro-mercado, 63 años)

14 Persona con fuerte disposición al trabajo y el esfuerzo.

15 Situación caótica.

No me doy lujos, pero por una cuestión personal, quizás si quisiera dármelos yo creo que me los podría dar, pero tampoco paso necesidad, es la realidad, no paso necesidad, entonces, clase media. (Entrevistado 33, perfil pro-mercado, 19 años)

Esta dimensión agrega matices a la percepción sobre la desigualdad en este perfil: en los discursos de este grupo aparece una suerte de conciencia o identificación meta-reflexiva de clase (“en Argentina todos nos percibimos de clase media”), en el marco de un contexto generalizado de empobrecimiento, que se manifiesta con mayor claridad en la comparación internacional, sumado al tradicional: “esto en Europa no pasa”, encontramos ideas como: “antes éramos Brasil, ahora somos Bolivia”, o “en Chile la desigualdad es más marcada, mientras que en Argentina somos menos desiguales porque todos somos pobres”. En este contexto, algunos entrevistados confiesan cierta *culpa* de clase, pues muestran que la autoafiliación en la clase media se debate en la ambigüedad de un criterio relativo (“privilegiados” en un contexto de crisis social) y uno absoluto (sentirse pobres en materia monetaria en el escenario internacional).

Se me ocurre compararme con Chile [...] un poco en el sentido de lo que antes decía que todos los argentinos nos auto percibimos de clase media [...] yo salgo a la calle y no veo, sí autos nuevos de distintas gamas, pero no hay tanta diferencia, no está lleno de BMW, Mercedes, no hay gente súper rica o ricos. Hay un BMW y hay autos destartalados, pero para mí está todo bastante compacto. Muy por contrario, Chile, para mí es un lugar donde las clases sociales están súper marcadas, los ricos son ricos, lo hacen notar, no le gusta mezclarse con pobres, salís a la calle y te das cuenta que está lleno de BMW, que los ricos usan autos de rico, los pobres tienen auto de pobres, tienen posibilidades de muy distinta, los ricos van a la universidad, los pobres no. Acá todo es más medio [...] me parece que en Argentina hay mucha pobreza, pero no hay tanta desigualdad, todos somos relativamente pobres. (Entrevistado 12, perfil pro-mercado, 30 años)

Depende cómo lo veo a cada uno. Si lo comparo con otros países lo veo injusto. Un ejemplo, un policía en Estados Unidos gana dos mil o tres mil dólares, mucha plata, nosotros acá ganamos como un empleado común. (Entrevistado 13, perfil pro-mercado, 29 años)

Creo que somos únicos [...]. Te diría que en algún momento [...] volviendo un poquito para atrás, mucho más para atrás, a Brasil. Brasil tenía la misma estructura que nosotros, pero sí, pero hoy en día no, creo que somos únicos, únicos... Bolivia, Bolivia creo que por ahí tiene, hoy en día, el mismo sistema que nosotros. (Entrevistado 33, perfil pro-mercado, 19 años)

La identificación con la clase media en el polo pro-Estado conserva algunas de estas ideas (“no paso necesidad”, “me siento privilegiado”) y suma alguna preocupación común, como el miedo a la *extinción* de la propia clase, algo que comparte con el perfil de condicionales y que encontramos también en investigaciones afines en el país (Merenson et al., 2022). En este punto, se observa la dominancia de concepciones *sustanciales* (en casi todos los perfiles) sobre las clases sociales por sobre las perspectivas *relacionales*: las clases tienden a ser pensadas como grupos en sí mismos que existen de manera relativamente independiente del sistema de posiciones, razón por la cual podrían tender a desaparecer.

Media baja, media baja. Hoy nos bajaron. Nos bajaron, yo me podían comprar un auto, podía conocer lugares, (ahora) a tratar de comer menos para poder seguir pagando lo que tengo. Para mantener un poco lo que logré, que no sé cuánto tiempo si esto no mejora, chau tu auto, chau tu... ¿Se entiende? (Entrevistado 1, perfil pro-Estado, 58 años)

¿O clase media? No lo sé, supongo que ahí entre la clase baja y la clase media, porque yo tampoco no me puedo quejar, yo tengo un techo sobre mi cabeza, digamos, pero bueno, yo sé que también hay una cuestión de, eh, yo sé que en Argentina es como que hay muchos escalones, pero si yo lo veo por el sueldo que yo percibo, que capaz que gano treinta mil pesos y gasto veinticinco y lo puedo manejar bien a eso. Obviamente, hay muchas cosas que no consumo porque, bueno, ya acepté que por ahí consumir ciertas boludeces es más tiempo de laburo y yo lo veo así, eh, como que me conformo con eso de alguna forma, pero a la vez si yo veo a la familia en la que vivo, no soy de clase baja por los ingresos de mi familia alrededor mío, no sé, siempre me están tirando una sogá. (Entrevistada 51, perfil pro-Estado, 25 años)

Yo creo que siempre pensé que clase media, o sea, porque uno vive bien, uno tiene un plato de comida todo el tiempo, o sea, para desayunar, almorzar, merendar, no es que..., pero hoy en día no sé según el índice de lo que tiene que cobrar la clase media no estaría llegando,, hablando en general porque vivo acá, pero, si no, hablando por mí sola estoy rozando la pobreza. (Entrevistada 50, perfil pro-Estado, 21 años)

La primacía de percepciones “absolutas” por sobre las “relativas” coincide también con hallazgos de investigaciones con diseño cuantitativo sobre identidades de clase (Assusa y Rodríguez de la Fuente, 2024) y difiere con los hallazgos de estudios basados en diseños experimentales como el de Mac-Clure, Barozet y Aguilera (2023) sobre clasificaciones sociales o el de Solnick y Hemenway (1998) sobre preferencias distributivas.

En este perfil, por su parte, aparece la identificación más específica con la clase media “baja”, una tendencia que se comprende no sólo por las características socioestructurales de esta matriz ideológica y por la incomodidad que genera la cercanía con espacios de elite, exclusivos o privilegiados, sino también por su preocupación en términos de extinción: “nos bajaron” (referenciando un pasado reciente idílico durante la primera década del siglo XXI, con estabilidad e inclusión en materia de consumo).

Finalmente, el perfil condicional comparte esta tendencia de identificación agregando, al criterio de necesidad y justeza, el de “mentalidad”.

Bueno, yo espero que ya en ese entonces esto esté por lo menos, la Argentina no va a cambiar, vamos a estar siempre ahí a los arañazos, a los a los ponchazos.¹⁶ Creo que hemos salido de otras crisis y de muchas crisis más, por lo menos que yo recuerdo, como te digo, en 1988, el 2000, en la década del 90 que fue bastante, bastante dura. Creo que vamos a salir, pero no vamos a estar mejor que lo que hemos estado, lamentablemente este país es así y está hecho así y no creo que vaya a cambiar la mentalidad de la gente. (Entrevistada 49, perfil condicional, 50 años)

La noción de “mentalidad” echa mano a la legitimidad que reviste la educación como mecanismo de ascenso social en la narrativa nacional: la “menta-

16 Con mucha dificultad.

lidad” funciona como sinónimo desinstitucionalizado y desescolarizado de lo que implica “tener educación” para buena parte de estas personas.¹⁷

Nuevas categorías de percepción lego en torno a la estructura social y sus clases

Para finalizar, otro hallazgo relevante de nuestro estudio fue el de las categorías alternativas a las de clase social en sentido estricto, a partir de las cuales, fundamentalmente los polos ideológicos antagónicos (pro-mercado y pro-Estado), describen la estructura social argentina. A diferencia de lo que sucede con los lenguajes de clase (Stedman Jones, 2014), estas clasificaciones tienen un clivaje estrictamente político-moral, aun cuando refieren también a relaciones de jerarquía social o de diferenciación cultural (Mac-Clure, Barozet y Aguilera, 2023).

Un empresario que tiene 5 fábricas, seguramente viene del tatarabuelo que empezó en una cuevita, pero empezó alguien, él empezó, ¿cómo vos no podés empezar? No te quejes, la hicieron, hacerlo vos también vas a ver cómo vas a salir, no te digo que en un año te vas a llenar de guita como él, quizás te va a llevar 10, 15 años, esa es una desigualdad, pero se esforzó para hacerla esa desigualdad, para estar por encima de todos económicamente él la hizo, alguien lo hizo. (Entrevistado 13, perfil pro-mercado, 29 años)

Porque es gente que, ahí es donde se genera la discusión, hay gente que dice que toda la fortuna que tienen determinada familia la han amasado ilegalmente, los Macri, por ejemplo, vamos a suponer que sí, vamos a suponer que sí... Ahora, ¿qué culpa tiene el empresario que arrancó con una pequeña empresa, se deslomó toda su vida para alcanzar la fortuna que hizo y se lo quieren cobrar lo mismo? Sin ir más lejos, Carlos Tévez¹⁸ que se negó a pagarlo (al Impuesto a las Grandes Fortunas), la hizo bien, el negro la hizo bien, laburó, les guste o no, el negro la hizo bien y laburó para conseguir eso, está perfecto que no lo pague, está perfecto, perfecto está. [...] Porque si lo pagan ellos también los

17 Para un desarrollo más detenido de este análisis, ver Assusa (2019).

18 Reconocido futbolista argentino.

que hoy representan la casta política lo tendrían que pagar y los de la casta política no lo pagan. (Entrevistado 33, perfil pro-mercado, 19 años)

Así como la valía moral asociada al mundo del trabajo permite construir narrativas y trazar fronteras de distinción jerárquica (arriba-superior-positivo, abajo-inferior-negativo) legitimando estructuras de desigualdad (“quienes llegaron a posiciones de privilegio lo hicieron con base en su propio esfuerzo”), también permite distinguir entre fracciones de posiciones homólogas: diferencias horizontales o de cercanía, nucleares en el actual régimen de desigualdades (Dubet, 2023). Entre entrevistados del perfil pro-mercado, los clivajes de privado vs. público como sector de empleo también habilitan la diferenciación entre un polo autónomo y “genuino” de puestos de trabajo (el sector privado), y uno atravesado por las valoraciones negativas en torno a la política (sector público o estatal). Esta diferenciación de tipo horizontal encuentra pares categoriales homólogos para el ámbito del consumo y la administración del presupuesto económico (inteligentes vs. caprichosos), de las trayectorias económicas (los que la hacen y ahorran vs. herederos y nepotistas) e incluso hacia dentro de las clases populares (*verdaderos* pobres que luchan por salir vs. vividores, planeros cómodos). Una emergencia similar de categorías no estrictamente clasistas puede encontrarse en los estudios experimentales de Guzmán, Barozet y Méndez (2017) y de Mac-Clure, Barozet y Aguilera (2023).

Me siento bien comparativamente con otro, el empleado público sigue cobrando la guita sin laburar, porque el empleado público, no labura. La [Universidad] Tecnológica tiene 400 personas en el rectorado y la manejan con 10, y los cuerpos de los otros siguen estando en su casa, rascándose el higo. [...] Yo quisiera que no distribuya nada, que se le da la oportunidad a la gente que se puedan generar, porque seguimos generando gente que lo único que hace es vivir del Estado, le cae del cielo, sin hacer nada. (Entrevistado 26, perfil pro-mercado, 63 años)

[...] el empresario es lo malo, pero el poco capital que tenemos, el empresariado, literalmente, es el que tiene la plata para generar plata. Yo creo que debería haberse dado otra imagen, debería haberse generado no un discurso de: el que tiene plata, el malo, tiene demasiada plata... No tiene demasiada plata, sino

que todos los otros somos muy pobres. (Entrevistado 31, perfil pro-mercado, 25 años)

En el caso del perfil ideológico pro-Estado, las clasificaciones espontáneas sobre la estructura social presentan dos dimensiones: por un lado, la identificación de una elite homogénea con características morales plenamente negativas (Kessler et al., 2022) y, por el otro, la diferenciación horizontal entre categorías políticas, propias del repertorio discursivo del peronismo histórico. Como contraposición al clivaje moral de las diferenciaciones horizontales, en este perfil ideológico aparecen categorías de distinción histórico-políticas (gorilas vs. Compañeros¹⁹ unitarios vs. federales²⁰ realistas vs. revolucionarios)²¹ con sus respectivas valías simbólicas desiguales.

Gorilas y compañeros. Lo que pasa que en términos ideológicos siempre estuvimos divididos. O sea, unitario versus federales, realista versus revolucionarios, como que en realidad esta división interna se acrecentó porque Perón logró que las clases más bajas económicas, se visibilizaran más, que tuvieran acceso a algunos derechos. Entonces esa cuestión simbólica del terrateniente al ver a su peón yendo al mismo lugar a comer o de vacaciones que él, fue lo que más bronca produjo. (Entrevistado 10, perfil pro-Estado, 46 años)

Si bien tanto unos como otros sistemas categoriales rompen con la lógica específicamente estructural de la percepción del mundo social, la asociación entre identidades de clase y orientación política es relevante. En efecto, esta última funciona como instancia de mediación de la percepción de la estructura social y del estatus social subjetivo, articulando la concordancia de un conjunto de demandas y preferencias políticas con una descripción de la forma, el contenido y la distribución económica y moral de la sociedad: aquello que en un inicio presentamos como la ruptura con la expectativa de linealidad causal.

19 Detractores y adherentes a las fuerzas políticas nacional-populares.

20 División política de la etapa de conformación del Estado nacional en el siglo XIX en Argentina, fundamentalmente organizada en torno a las preferencias por el centralismo/federalismo y las políticas de libre-comercio o proteccionismo económico.

21 Leales a la corona española e independentistas durante el proceso de independencia nacional en Argentina.

Esto, además, coincide con hallazgos en otros trabajos de corte estadístico, sobre la asociación entre identificaciones políticas de centro-derecha y liberales y la autoidentificación de clase media (Assusa y Rodríguez de la Fuente, 2024) y con resultados afines sobre evaluación subjetiva de justicia distributiva y orientación ideológica (CEPAL, 2010).

En la misma línea, el lugar del mercado y del Estado como modelos fundamentales de interacción social y asignación de los recursos estructura percepciones divergentes en torno a las posiciones más elevadas de la sociedad: las elites. Para el perfil pro-Estado, las elites aparecen evaluadas en términos exclusivamente negativos: son “saqueadores”, “ricos” que evaden, mientras la clase media (en primera persona del plural) es la que “paga” (sus propios consumos, los impuestos y las consecuencias de la crisis). En este sentido, una medida como el Impuesto a las Grandes Fortunas durante la pandemia tuvo fuerte aprobación en este grupo, de la mano de la creencia en la necesidad del uso coactivo de la fuerza estatal. La caracterización de la elite de poder para este perfil está representada fundamentalmente por los grupos económicos concentrados (el “círculo rojo”, el campo y el agronegocio) y el sector financiero, algunas veces también nombrados unívocamente según el tradicional repertorio simbólico del peronismo (“oligarquía”). También existen referencias de desconfianza respecto de la elite política en este perfil (mostrando que la valoración negativa del ámbito de “lo político”, aun sin ser explícita en algunos casos, atraviesa todo el espectro ideológico en la coyuntura actual), sobre todo la que tiene conexiones con esos grupos económicos y está habilitada para negociar con el poder “a espaldas del pueblo”. La referencia a la gestión de gobierno de “Cambiamos”, en estas menciones, resulta ineludible para este perfil.

Bueno, lo primero que se me viene seguro son bancos, todo lo que tiene que ver con movimiento directo de dinero, financieras, bancos, seguro y, después, como en todos los lugares, medios de comunicación también, seguro, grandes grupos de radio, televisión, periódico, son los que se me vienen a la mente y, además obvio, políticos, personas que estén conectadas con áreas de gobierno también. (Entrevistada 3, perfil pro-Estado, 33 años)

Y el nivel de vida que tienen, la ropa, las zapatillas. Se sientan a tomar un café en un lugar. Y vos decís de qué vivirá esta gente, qué impuestos pagará esta gente [...]. Esa gente especuló mucho, siempre con el tema financiero y han

especulado. Bueno, al tema financiero hay que sacar plata de ahí también, de ahí hay que sacar plata. Yo no sé si tienen los suficientes impuestos ahí en el tema de financiero. (Entrevistado 1, perfil pro-Estado, 57 años)

En contraposición, la categoría de “casta” sobresale, sobre todo en el perfil pro-mercado, pero también en el de condicionales, fundamentalmente por su pregnancia política en la coyuntura electoral. Como grupo, la “casta” incluye a políticos, sindicalistas, incluso a personas de los medios de comunicación, y se opone con el “pueblo trabajador” o el “laburante”. Nuevamente, lo que opera es la diferenciación/estigmatización del otro como parte de un proceso de valoración positiva de la propia identidad (Saraví, 2016), asociada al valor del trabajo (Assusa, 2019).

Es importante señalar que, entre los entrevistados clasificados como pro-mercado, existen también empresarios valorados negativamente, justamente por no ser parte del sector productivo y dinamizador de la economía, y por hacer riqueza “a costa del Estado”. En este punto, de hecho, aparecen mencionados empresarios ligados al kirchnerismo. De la misma forma, el sector financiero produce ciertas dudas en estas representaciones, pues no genera empleo ni toma riesgos, dos elementos centrales en el juicio sobre el mérito de los ricos según el clásico estudio de McCall (2013). En este imaginario, dichos criterios diferencian fundamentalmente al sector financiero del “bendito campo”, pensado este último como un actor con “fuerza productiva” y que asume “verdaderos riesgos” (como las sequías), pagando jornales y con consumo productivo (semillas, tractores, gasoil, etc.).

Los más poderosos, desgraciadamente, son los que tienen todo el aparato financiero. Acá se equivocan porque piensan que es la gente de campo y todo eso y la gente de campo no es poderosa. La gente del campo, cuando viene una sequía grande, pierde todo lo que invirtió, lo pierde, desde su trabajo de sol a sol, desde el pago del jornalero, desde la semilla, desde los tractores, desde el gasoil; que no se equivoquen, no son los poderosos, son los que tal vez tienen la fuerza productiva para generar ganancia, pero no son los más poderosos. Los más poderosos son la elite financiera. (Entrevistada 23, perfil pro-mercado, 53 años)

Finalmente, y volviendo a la imagen de país que se reconstruía en el primer apartado, para los condicionales Argentina es un “país rico”, por lo que el foco

en la proyección a futuro debe priorizar y favorecer el desarrollo industrial. En línea con este argumento, las elites no se perciben de manera monolítica. Los empresarios son pensados en el perfil de condicionales como actores necesarios para el desarrollo económico, aliados estratégicos (“los quiero del lado del bien”) y merecedores de los recursos que tienen por el esfuerzo invertido en acumularlos, pero también se identifican sectores no merecedores de la elite: los “fugadores”, los “timberos”,²² y los políticos que consiguen privilegios a partir del amiguismo y el acomodo.²³

La Argentina debería tender hacia un sistema más progresivo en la cuestión de los impuestos, es ilógico que un tipo que gana, digo, como el caso de los bancos, tipos que juegan a la timba financiera, paguen menos que un laburante que tenga un salario como aceitero que es uno de los salarios más altos; nos parece ilógico que una transacción financiera, el tipo que realiza nada más que jugada financiera pague menos impuesto que un laburante, en muchos casos. (Entrevistado 40, perfil condicional. 53 años.)

La tendencia general a una relativa invisibilidad estadística (Pérez Sáinz, 2016; Piketty, 2015) y perceptual (Assusa y Mansilla, 2019) de la elite, en términos sociológicos, entra en tensión en los relatos de nuestros entrevistados. Estos identifican fracciones, alianzas, espacios y prácticas propias de los grupos poderosos en la estructura social, aunque a menudo estas identificaciones se traman en conflicto con la pregunta sobre quiénes son los verdaderos privilegiados en nuestras sociedades, tal como lo mostramos previamente. Estas tensiones suelen asentarse en los diagnósticos divergentes sobre la cuestión social en los discursos de cada uno de los perfiles ideológicos.

Un punto en común, sin embargo, es la distinción entre lo que McCall (2013) llamó *ricos merecedores*, un recordatorio de que el universo moral de la meritocracia aplica, por momentos (y sin dudas con consecuencias prácticas disímiles) hacia ambos extremos de la estructura social, poniendo de manifiesto la existencia de un mito homólogo al del “buen pobre” (Dubet, 2023): el

22 Forma coloquial para hablar del juego de apuestas. En este caso se refiere principalmente a la llamada “timba” o “bicicleta” financiera, que genera dividendos sin producir ni generar empleo.

23 Nepotismo.

del “rico meritario”, emergente de la crítica y el juicio ante la riqueza extrema o improductiva.

Por otra parte, la radical falta de acuerdo y de contenido de un modelo de desarrollo productivo, por lo menos en los polos antagónicos de esta tipología, desdibuja la caracterización compleja de las elites en estos relatos, mientras que favorece las imágenes unidimensionales: por momentos héroes en el relato pro-mercado (“la bendita soja”), por momentos villanos en el relato pro-Estado (“timberos”, “fugadores”). Sin embargo, la dicotomización perceptual de este grupo imaginado aparece también con claridad en ambos perfiles: elites productivas significadas positivamente, elites financieras significadas negativamente.

Reflexiones finales

En los inicios de nuestro estudio nos preguntamos si la doble crisis en Argentina había transformado (o no) los consensos distributivos y había abierto una ventana de oportunidad para la fundación de nuevos pactos de igualdad. En ese marco, el interrogante por los *sujetos* imaginados de la desigualdad, las responsabilidades de gestión y aporte, las necesidades de ayuda social en el marco de la crisis, daban una nueva perspectiva sobre problemas clásicos de la sociología y los estudios de estratificación en torno a la percepción de las desigualdades y la dimensión subjetiva de las clases sociales.

Como señalamos, estas indagaciones han sido ampliamente encaradas en diseños cuantitativos, preocupadas por identificar arreglos/divergencias entre las identidades subjetivas y las posiciones objetivas de clase. Nuestro diseño y procesamiento parte del conocimiento de esas tendencias estructurales y nos permite formular interrogantes sobre una dimensión menos explorada en este tipo de estudios: la relación entre los perfiles ideológicos de preferencias redistributivas (que implican formas de tematizar y explicar la desigualdad social desde la perspectiva de los agentes) y la formación de identidades de clase o clasificaciones lego en la estructura social.

El tipo de relación que buscamos aquí no es una de causalidad lineal, sino más bien de *afinidades electivas* entre universos políticos (construidos como clasificaciones emergentes de nuestro material empírico al modo de tipos ideales) e identificaciones de clase, entendiendo que estas esferas están pro-

fundamente imbricadas en la vida social, aunque los diseños de investigación hayan tendido a abordarlas de manera separada. Así como los regímenes de desigualdad, según los describe Dubet (2023), entendemos que las identidades de clase, las clasificaciones sobre la estructura social y las preferencias redistributivas funcionan a modo de *sistemas*: “sistemas de relaciones sociales, identidades colectivas y experiencias sociales de las maneras de representar la vida social, concepciones de la justicia social y formas de acción colectiva” (Dubet, 2023, p. 12).

Con algunas salvedades en el perfil pro-Estado, el terreno común de todo el espectro político en cuanto a la percepción de la desigualdad social es la tematización de la pobreza monetaria, aunque con distintos acentos en explicaciones de corte contextual o estructural (oportunidades) y de corte moral o cultural (ética del esfuerzo, cultura del trabajo y mentalidad). Esta última modalidad reafirma, junto a otros estudios, que las imágenes circulantes sobre la pobreza y los pobres no se fundan únicamente en carencias materiales, sino que se configuran también por (expectativas de) ausencia de racionalidad y autorregulación, de autonomía (Fraser y Cordon, 1997), y por un conjunto de significaciones que hacen foco en el déficit moral y las manifestaciones de indignidad (Sennett y Cobb, 1972).

Un reflejo de los hallazgos de este estudio es considerar la expectativa de autonomía como un principio de justicia en sí mismo, paralelo al del mérito y al de igualdad de posiciones, una noción legitimante vital para comprender las significaciones emergentes sobre la categoría de clase media que reconstruimos en este estudio.

Otro punto en común entre las matrices ideológicas es el juicio negativo sobre los *extremos*: extrema pobreza y extrema riqueza. En el perfil pro-mercado, específicamente, la pobreza extrema no aparece solamente como un problema de funcionalidad social, sino también como un estigma. Lo mismo sucede con las elites en el perfil pro-Estado. Este hallazgo no es solamente relevante porque coincide con estudios previos sobre los límites de la tolerancia a la desigualdad, sino también en la medida en que los polos extremos de la escala socioeconómica afectan los mecanismos sistémicos de integración y, por derivación, la cohesión y la paz social (Kessler, 2007; Crutchfield y Pettinicchio, 2009; Grimson, 2015; Sachweh, 2012; Scalón, 2004). También es relevante ya que, en tanto que se estigmatizan los extremos percibidos de la estructura social, se favorece la autopercepción en las categorías intermedias,

“justas”, alejadas de esos extremos. Esto implicaría una explicación alternativa y complementaria a la de la disponibilidad heurística en torno al sobredimensionamiento identitario de la clase media. Estas identificaciones de “centro” (homólogas, por momentos, a las identificaciones de “centro” en el espectro ideológico) no responden sólo a una sociabilidad homogénea o cerrada, sino también al ordenamiento de las disputas políticas y la preferencias redistributivas: las identificaciones con las clases medias funcionan a menudo como *estrategia simbólica de denegación* del estigma y la alterización que pesa sobre las clasificaciones extremas, concentradas fundamentalmente en las etiquetas de “pobre” (perfil pro-mercado) o “rico” (perfil pro-Estado) dependiendo de la matriz ideológica del entrevistado (Bayón, 2015; Assusa y Mansilla, 2019).

Como hemos planteado, aún es poco claro si las actuales configuraciones de la percepción social de la desigualdad están siendo influenciadas por un lenguaje que, progresivamente, tiende a desvanecer las distinciones de clases (como lo demuestra la retórica del postempleo) o por un mapa perceptual de la sociedad que, si bien no renuncia a clasificar y categorizar a las personas en términos de educación, moralidad, poder, dependencia, mérito, etc., sí diluye la dominación social en una universalización de las clases medias. Con este estudio, sin embargo, podemos agregar tres ideas fundamentales a esta caracterización.

En primer lugar, podemos entender que, en cuanto a las categorías estrictas de clases sociales, priman en los discursos de nuestros entrevistados percepciones e identificaciones de carácter *absoluto*. Por ello, no existe contradicción en el pensamiento lego entre percibirse, al mismo tiempo, de clase media y pobre. Esto también explica la recurrencia en la caracterización de una clase media “en extinción”, “bajada” o “empujada hacia la pobreza”.

En segundo lugar, podemos encontrar auto- y heteroidentificaciones *relacionales* a nivel país, en el plano internacional (la caracterización de Argentina en comparación con Chile, Brasil o Europa) y en las nuevas categorías de clasificación de la estructura social basadas en clivajes políticos (por ejemplo, lo mencionado acerca de trabajadores del sector público vs. emprendedores y trabajadores del sector privado). Esto último implica también un cierto peso de las clasificaciones y las diferenciaciones de tipo *horizontal* (un hallazgo afín al propuesto por Dubet en sus últimos trabajos), y una menor tracción de las distinciones de orden jerárquico.

En tercer lugar, como mostramos, los abordajes más habituales de este tipo de fenómenos han pensado los procesos de la desigualdad, su percepción y la formación de demandas políticas de igualdad como etapas sucesivas y en orden. El contexto de crisis socioeconómica y de profunda polarización política en el país puede resultar *sui generis* en el sentido de proveer repertorios discursivos que comienzan por la legitimación/impugnación de los mecanismos redistributivos del Estado, y desde esas matrices políticas construyen explicaciones nativas sobre la desigualdad y desarrollan identificaciones de clase de modo retrospectivo.

Referencias bibliográficas

- Adamovsky, E. (2012). “Esperando otro 17 de Octubre: la identidad de clase media y la experiencia de la crisis de 2001 en Argentina”. *Sociohistórica*, (29), 183-201.
- Álvarez Rivadulla, M. J. (2024). “Clases medias en Bogotá y Montevideo”. En G. Assusa y G. Benza (Coords.), *América Latina desigual. Preguntas, enfoques y tendencias recientes* (pp. 235-262). CLACSO; Siglo XXI.
- Assusa, Gonzalo y Mansilla, Héctor O. (2019). “La clase social como posición y representación. Un análisis sociológico de la autoafiliación en la estructura social. Argentina, 2014-2015”. *Laboratorio*, (29): 87-112.
- Assusa, Gonzalo y Rodríguez de la Fuente, José (2024). “No todos somos de clase media. Estratificación subjetiva en la Argentina contemporánea”. *Estudios Sociológicos* 42: 1-27.
- Assusa, G. (2019). *El mito de la patria choriplanera. Una sociología de la cultura del trabajo en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Teseo Press.
- Bayón, M. C. (2015). *La integración excluyente: Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*. ISS-UNAM.
- Benza, Gabriela, Dalle, P., y Maceira, V. (2022). “Estructura de clases de Argentina (2015-2021): efectos de la doble crisis prepandemia y pandemia en el empleo, los ingresos y los gastos de los hogares”. En Dalle, P. (Comp.), *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia. Efectos de la doble crisis y recomposición social en disputa* (vol. 1, pp. 127-156). Ediciones Imago Mundi.

- Benza, Gabriela y Kessler, Gabriel (2021). *La ¿nueva? Estructura social de América Latina. Cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*. Siglo XXI.
- Canelo, P. (2019). *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*. Siglo XXI.
- Castillo, J. C., Miranda, D., y Cabib, I. M. (2013). Todos somos de clase media: sobre el estatus social subjetivo en Chile”. *Latin American Research Review*, 48(1), 155-173.
- CEPAL (2010). *América Latina frente al espejo: dimensiones objetivas y subjetivas de la inequidad social y el bienestar en la región*. CEPAL.
- Cruces, G., y Tetaz, M. (2009). Percepciones subjetivas de la distribución del ingreso y preferencias por las políticas redistributivas. *Avances de Investigación: CEDLAS*, 33.
- Crutchfield, R. D., y Pettinicchio, D. (2009). “Cultures of inequality”: Ethnicity, immigration, social welfare, and imprisonment. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 623(1), 134-147.
- Duarte, M. A. (1996). Torres, pirámides y estrellas (sobre las imágenes de la estructura de clases). *REIS*, 75(96), 29-54.
- Dubet, F. (2023). *El nuevo régimen de las desigualdades solitarias: Qué hacer cuando la injusticia social se sufre como un problema individual*. Siglo XXI.
- Elbert, R. (2020). Posición de clase objetiva y auto-identificación de clase. En *El análisis de clases sociales. Pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia*. CLACSO-IIGG.
- Evans, M. D. R., Kelley, J., y Kolosi, T. (1992). “Images of class: Public perceptions in Hungary and Australia”. *American Sociological Review*, 57(4), 461-482.
- Fraser, N., y Cordon, L. (1997). Una genealogía de la “dependencia”. Rastreando una palabra clave del Estado benefactor en los Estados Unidos”. En Fraser, N. (Ed.), *Iustitia interrupta: reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”* (pp. 163-200). Siglo del Hombre Editores.
- Grimson, A. (2015). Percepciones sociales de la desigualdad, la distribución y la redistribución de ingresos. *Laboratorio*, (26), 197-224.
- Gross, N., y Hyde, Z. (2019). Normas e imágenes mentales. En C. Benzecry, M. Krause, y I. A. Reed (Eds.), *La teoría social, ahora. Nuevas corrientes, nuevas discusiones*. Siglo XXI.

- Guzmán, V., Barozet, E., y Méndez, M. L. (2017). Legitimación y crítica a la desigualdad: una aproximación pragmática. *Convergencia*, 24(73), 87-112.
- Jackman, M. R., y Jackman, R. W. (1973). An interpretation of the relation between objective and subjective social status. *American Sociological Review*, 38(5), 569-582.
- Jones, O. (2012). *Chavs: The demonization of the working class*. Verso Books.
- Jorrat, J. R. (2008). Percepciones de clase en la Argentina. *Estudios del Trabajo*, 36, 49-83.
- Jorrat, J. R. (2012). Clase, identidad de clase y percepción de las sociedades desde elitistas a igualitarias: Un estudio comparativo internacional. *Desarrollo Económico*, 152(205), 978-950.
- Kessler, Gabriel; Assusa, Gonzalo; Monti, Daiana y Moriconi, Martina (2022). "Disputas por la igualdad a partir de la crisis COVID-19 en Argentina". En Batthyány, K. y Vommaro, P. (coords.). *Pensar la pandemia desde las ciencias sociales y las humanidades*. Buenos Aires: CLACSO. 281-346.
- Kessler, G. (2007). "Principios de justicia distributiva en Argentina y Brasil. Eficacia global, igualitarismo limitado y resignificación de la jerarquía". En Grimson, A. (Comp.). *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Edhasa.
- Kessler, Gabriel (2019). "Algunas reflexiones sobre la agenda de investigación de desigualdades en Latinoamérica". *Desacatos*. 59, 86-95.
- Kessler, Gabriel; Vommaro, Gabriel y Assusa, Gonzalo (2023). "El proceso de polarización en América Latina. Entre la secularización y el conflicto distributivo". *Mecila: Working Paper Series*. 56: 1-44.
- Lamont, M. (2000). *The dignity of working men. Morality and the boundaries of race, class and immigration*. Russel Sage Foundation.
- Lewis, O. (1967). La cultura de la pobreza. *Pensamiento Crítico*, 7, 52-66.
- Mac-Clure, O., Barozet, E., y Aguilera, C. (2023). Definiendo su posición en tiempos de crisis: ¿clase social u otros atributos?. *Estudios Sociológicos*, 42, 1-28.
- Maceira, V. (2018). Clases y diferenciación social. En Piovani, J. I., t A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (pp. 49-87). Siglo XXI.

- McCall, L. (2013). *The undeserving rich. American beliefs about inequality, opportunity, and redistribution*. Cambridge University.
- Merenson, S. (2023). Lo que los beneficios deben a los derechos. Lenguajes y autopercepciones de clase en un grupo de trabajadores de la industria alimentaria. *Cuadernos de Antropología Social*, 58, 53-67.
- Merenson, S., Sánchez, L. y Guizardi, M. (2022). Imágenes paganas: recurrencias, emergencias y autoidentificaciones de clase en un barrio ferroviario del conurbano bonaerense (2019-2021). *Etnografías Contemporáneas*, 8(15), 8-34.
- Pérez Sáinz, J. P. (2016). *Una historia de la desigualdad en América Latina. La barbarie de los mercados, desde el siglo XIX hasta hoy*. Siglo XXI.
- Piketty, T. (2015). *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. Siglo XXI.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). (2017). *Desigualdes. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. PNUD.
- Sachweh, P. (2012). The moral economy of inequality: popular views on income differentiation, poverty and wealth. *Socio-Economic Review*, 10, 419-445.
- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. FLACSO-CIESAS.
- Saraví, G. (2016). Miradas recíprocas: representaciones sobre la desigualdad en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, 78(3), 409-436.
- Scalon, C. (2004). Percepção das desigualdades. Uma análise comparativa internacional”. En Scalon, C. (Org.), *Imagens da desigualdade* (pp. 307-342). UFMG; IUDERJ; UCAM.
- Semán, P. (2023). (Comp.). *Está entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Siglo XXI.
- Sennett, R. y Cobb, J. (1972). *The hidden injuries of class*. Norton.
- Stedman Jones, G. (2014). *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Siglo XXI.
- Solnick, Sara J., & Hemenway, David (1998). Is more always better?: A survey on positional concerns. *Journal of Economic Behavior & Organization*, 37(3), 373-383. Elsevier.
- Wright, E. O. (1994). *Clases*. Siglo XXI.